

LA COLONIA EN LOS INICIOS DE LA NARRATIVA MEXICANA

Y EN LA MODA COLONIALISTA

Óscar Mata *

La Colonia –los tres siglos de dominación española sobre el territorio que actualmente ocupa la República Mexicana– fue uno de los temas tratados por los primeros narradores nacidos en la Nueva España y que alcanzaron la edad madura como mexicanos. Es bien sabido que la narrativa latinoamericana se inicia con *El periquillo Sarniento*, de José María Fernández de Lizardi, cuyas dos primeras ediciones, de 1816 y 1825, fueron sustancialmente reducidas por la censura. No fue sino hasta la tercera edición, aparecida en 1830 y 1831, que el público pudo enterarse de todos y cada uno de los episodios que vivió el bueno de Pedro Sarniento durante su periplo que lo llevó a darle la vuelta al mundo. A partir de entonces la narrativa, el género vedado, prohibido durante la época colonial por la Real Cédula del 4 de abril de 1531, ganó espacios en las publicaciones de la nueva nación: libros, periódicos y revistas. La mayoría de las revistas tuvo una vida efímera, pues en la época de la independencia sólo uno de cada diez habitantes de la Nueva España, cuya población ascendía a poco más de seis millones de personas, sabía leer y escribir. No obstante el reducido número de posibles lectores, unos seiscientos mil en un extenso territorio cuyas comunicaciones distaban mucho de ser al menos suficientes, de 1835 a 1850 se publicaron cerca de un centenar de narraciones en periódicos y revistas mexicanas. Sus temas principales eran el amor, se vivía en plena época romántica, y el nacionalismo. Los primeros narradores mexicanos también se interesaron en las costumbres y no dejaron de dirigir su mirada al pasado, de ahí que en no pocas de estas novelitas se trataron asuntos coloniales.

Curiosamente la primera narración con un tema colonial publicada en la ciudad de México se debe a la pluma de un español:

* Departamento de Humanidades, UAM-A.

don Justo Gómez, el conde de la Cortina. El texto en cuestión es “La calle de don Juan Manuel” (anécdota histórica del siglo xvi)¹, que según la leyenda² aconteció en la calle donde vivió don Justo (en la actualidad la cuarta calle de República de Uruguay), quien por primera vez la escuchó de labios de su barbero. Se trata de la historia o leyenda colonial más popular, pues ha sido escrita y reescrita una y otra vez, tanto para publicaciones periódicas como para el cine y la televisión, así como para libros o pasquines. El momento más popular de la historia es cuando don Juan Manuel, a las once de la noche, le pregunta la hora a un transeúnte. Éste le responde y don Juan Manuel le clava un puñal en el pecho mientras le dice “dichoso usted que sabe la hora en que muere”. En su tratamiento de la leyenda colonial, el conde de la Cortina nos ofrece dos facetas del asunto: en primera, la conseja popular que corre de boca y de generación en generación, o sea lo que al erudito español le contó su barbero; en segunda, el hecho real que inspiró la leyenda, suceso que don Justo Gómez se encargó de investigar en fuentes dignas de todo crédito: la infidelidad de la hermosísima esposa de don Juan Manuel, quien se vio forzada a proceder de esa manera para liberar a su esposo de la cárcel; sin embargo, éste consigue escaparse y descubre a su cónyuge en brazos de su seductor, el alcalde... Dejo a propósito sin referir el final de la leyenda, en parte, como una invitación a leer el ejemplar texto de don Justo, y en parte, porque interesa indicar que la mención, aunque somera, de las fuentes escritas, será una constante en buena parte de los textos inspirados por la época colonial. Luis González Obregón, Francisco Monterde, Artemio de Valle Arizpe y los otros narradores que escribieron tomando como tema a la Colonia mencionan los materiales escritos, en su mayor parte legajos de archivos, que consultaron para escribir sus obras. Importa indicar también que ellos mismos se autonobraron “colonialistas” y así también los llaman sus teóricos.

Poco antes, en 1836 y en la ciudad de Guadalajara, Jalisco, había sido publicada la novela histórica *El misterioso*, escrita por

¹ José Justo Gómez de la Cortina, “La calle de don Juan Manuel” en *Revista Mexicana*, México, 1835. pp. 551-560.

² Se entiende por leyenda una historia real en la que se da un hecho sobrenatural; o un hecho histórico con situaciones inexplicables que caen en el terreno de lo divino, de lo misterioso. La madre de la leyenda es la tradición oral.

Mariano Meléndez y Muñoz,³ novelista del que se tienen muy pocos datos; nació en Teocotlán, Jalisco, fue impresor en Guadalajara, aunque prefirió que su novela fuera impresa en la tipografía de Teodosio Cruz Aedo, publicó algunos artículos y parece ser que al final de su vida regresó a su pueblo natal. *El misterioso*, aunque sucede en época de Felipe II, en ella aparecen Pánfilo de Narváez, Hernán Cortés, el conde de Elba y su acción se desarrolla en España, Yucatán y Tabasco, es según Luis González Obregón, no una novela colonial sino “el ejemplo mejor que puede presentarse de los pésimos frutos que produjo la escuela romántica exagerada”. Y para muestra sólo basta un botón: Hernán Cortés manda quemar viva a su madre con todos sus hijos, porque ésta no quiso corresponder a sus lúbricos (el adjetivo es de don Luis) deseos⁴. Una estudiosa de la literatura jalisciense, Magdalena González Casillas,⁵ señala que sólo hay dos ejemplares de la novela, ambos en colecciones particulares; González Casillas —quien al parecer tuvo oportunidad de leer la obra— la considera la segunda novela indianista, escrita en un estilo neoclásico salpicado de citas mitológicas. Por lo demás, *El misterioso* está lleno de inexactitudes geográficas e históricas: su trama se desarrolla en un Cozumel boscoso, donde coinciden la mitad de los cortesanos de la casa de Austria y también se defiende al “desdichado país de los aztecas”, lo anterior entreverado por frecuentes viajes a Flandes y al México de Hernán Cortés. Cuando “El misterioso”, quien ha cubierto su rostro con un capuz, revela su verdadera identidad, resulta ser, ni más ni menos, que el infante don Carlos, el hijo de Felipe II...

En los cuentos y las novelitas de ambiente colonial publicadas por autores mexicanos entre 1838 y 1850 destacan la dureza y la prepotencia de los personajes españoles. “El inquisidor de México”,⁶ de José Joaquín Pesado es la primera novelita mexicana sobre la Inquisición. La protagoniza don Domingo Ruiz de

³ Mariano M. de Muñoz. *El misterioso*. Guadalajara. Impr. Teodosio Cruz-Aedo, 1836. xvi, 318 pp.

⁴ Juan Íñiguez, *Bibliografía de novelistas mexicanos*. Pról. de Francisco Monterde. México, SRE, 1962, p. 217.

⁵ Magdalena González Casillas. *Historia de la literatura jalisciense en el siglo XIX*. Guadalajara, Eds. Gob. Est. Jalisco, 1987, pp. 88-91.

⁶ José Joaquín Pesado, “El inquisidor de México” en *El Año Nuevo. Presente Amistoso*. México, 1838, pp. 99-137.

Guevara, quien cumple sus funciones con “un celo digno de mejor causa”. Es un viudo que ha abrazado el sacerdocio, pero que es padre de una joven mujer a la que juzga y condena. “El visitador”,⁷ publicada anónimamente por el poeta Ignacio Rodríguez Galván, se basa en una tradición colonial, que como es normal en estos casos será retomada por otros autores. La historia nos habla de un tal Muñoz, visitador encaprichado, que no enamorado, de una joven y bella muchacha, quien a su vez ama a un mancebo, de apellido Quesada. Muñoz encarcela a Quesada y consigue que la joven le prometa que no verá más a su amado para salvarlo de la muerte; antes, ha rehuido un duelo con el joven enamorado. Para buena fortuna de los jóvenes, su caso llega a oídos de su majestad Felipe II, quien reprende duramente a Muñoz. Rodríguez Galván desarrolló este mismo asunto en un drama en tres jornadas que tituló *Muñoz, visitador de México* y escribió otra pieza dramática de tema colonial: *El privado del virrey*. “El marqués de Valero”,⁸ de Guillermo Prieto, conocido como “Fidel”, refiere que el susodicho Valero, virrey de la Nueva España, se vale de su poder para hacerse amante de una bellísima señora, esposa de un capitán a quien quita de en medio, mandando que asalten al militar y después lo lleven a la prisión de San Juan de Ulúa. El prolífico Manuel Payno se ocupó de temas coloniales cuando hacía sus pininos como narrador. Uno de sus primeros relatos es “Trinidad de Juárez” (Leyenda del año 1648) acerca de una huérfana cuyo padre muere a manos de infieles japoneses cuando viajaba a Manila con el propósito de ampliar sus negocios. De muy buena factura es “El monte virgen”,⁹ la historia de amor de una pareja cuyo barco naufraga cuando se dirigían a las Indias. Ambos logran salvarse, pero en distintas chalupas, por lo que ya nunca más vuelven a verse. Debemos a José Bernardo Couto una espléndida versión de “La mulata de Córdoba”, otra leyenda muy popular; la publicó en uno de los primeros números de *El mosaico mexicano* en un curioso texto que contiene dos historias sin relación entre sí: “La mulata de Córdoba” y “La historia de un peso falso”.

⁷ Anónimo, “El visitador”, en *Calendario de las Señoritas Mexicanas*, México, 1838, pp. 265-292.

⁸ Fidel (Guillermo Prieto), “El marqués de Valero” en *El Museo Mexicano*, t. II, México, 1843, pp. 77-83.

⁹ Manuel Payno, “El monte virgen” en *El Museo Mexicano o Miscelánea Pintoresca de Aménidades, Curiosidades e Instructivas*, t. 4, núm. 19, México, 1844, pp. 435-442.

En la década de 1840 a 1850, a pesar de los conflictos por los que atravesó el país se multiplicaron las revistas literarias —*El Museo Popular*, *Semanario de las Señoritas Mexicanas*, *El Museo Mexicano*, *El Liceo Mexicano*, *El Ateneo Mexicano*, *Album Mexicano*— y se fundaron dos de los principales periódicos de la nación: *El Siglo XIX*, que apareció de 1841 a 1896 y *El Monitor Republicano*, que circuló de 1844 a 1896. Huelga decir que tanto las revistas como los periódicos fueron el medio ideal para la difusión de la literatura. En la ciudad de Mérida, Yucatán, don Justo Sierra O'Reilly (1814-1861) —hijo de sacerdote y padre del secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes del porfiriismo— fundó y animó tres revistas literarias. En *El Museo Yucateco*, (1841-1842) y el *Registro Yucateco* (1845-1849) publicó varias novelitas históricas, la mayoría de filibusteros, una de ellas¹⁰ situada en la Colonia: “El secreto del ajusticiado”. En noviembre de 1848 apareció *El Fénix*, que circuló hasta diciembre de 1849; en todas y cada de sus ediciones, que religiosamente salían a la venta los días 1, 5, 10, 15, 20 y 25 de cada mes de Dios nuestro Señor, había una entrega de *La hija del judío*, un folletín, como los que escribían Dumas y Sue, entre otros muchos. El que ahora nos ocupa, firmado por un tal José Turriza (trasunto de Sierra O'Reilly), sucedía en el siglo XVII, en la ciudad de Mérida, Yucatán. La trama se inicia una noche calurosa de mayo de 1660 y nos narra la conspiración contra Felipe Álvarez de Monsreal y, una vez que este riquísimo caballero muere, en contra de su heredera, María, llamada “la hija del judío”, a quien se pretende hacer ingresar en un convento para que su cuantiosa fortuna pase a otras manos, entre las que se encuentra la Santa Inquisición. La novela es amena, está perfectamente bien estructurada, tiene algunas bases históricas (el conde de Marcel de Peñalva, gobernador y capitán general de la provincia de Yucatán realmente existió y las actas del Ayuntamiento se refieren a él como “azote de la Provincia”), y en su texto no faltan los reproches a los españoles por su actuación durante la Colonia, (“El atraso absoluto de la Colonia en artes y manufacturas, la pobreza general del país, la total incomunicación con el extranjero, el exclusivo monopolio de la Madre Patria...”¹¹) pero no tuvo continuadores sino hasta

¹⁰ Justo Sierra O'Reilly. “El secreto del ajusticiado”, novela histórica, en *Registro Yucateco*, t. II, Mérida, julio de 1845, pp. 10-29.

¹¹ Justo Sierra O'Reilly. *La hija del judío*, t.I. México, Porrúa, 1970. p. 2.

20 años después, cuando Pascual Almazán, con el seudónimo de Natal del Pomar, publicó *Un hereje y un musulmán: México hace trescientos años*,¹² novela histórica. Muy posiblemente la aparición de *Un hereje y un musulmán*, la segunda narración extensa escrita sobre la Colonia en México, propició que *La hija del judío* fuese reeditada dos veces en 1974, a más de una década de la muerte de su autor, quien pensaba que su novela colonial debía ser limada y aun modificada antes de ser dada de nuevo a la imprenta. Las sucesivas ediciones de *La hija del judío* y los reconocimientos de la crítica sugieren que don Justo padre no juzgaba con justeza su obra.

La aparición de *Un hereje y un musulmán* y las reediciones de *La hija del judío* coinciden con el auge de la novela histórica y del folletín en México. Juan A. Mateos publica *El cerro de las campanas* en 1868,¹³ apenas unos meses después del fusilamiento de Maximiliano. Ese mismo año Vicente Riva Palacio da a la imprenta *Calvario y Tabor*¹⁴, que ensalza las luchas de nuestros patriotas en contra de los invasores franceses; la novela fue reeditada varias veces. Juan A. Mateos escribió toda una saga de novelas históricas, pero en ninguna se ocupó de temas o asuntos coloniales. De hecho la inmensa mayoría de los novelistas mexicanos le dieron la espalda a la época colonial. Cuando en el apogeo del porfiriato, Victoriano Salado Álvarez escribe sus catorce episodios nacionales mexicanos, principia con Antonio López de Santa Anna¹⁵ y termina con el sitio de Querétaro.¹⁶ La Colonia, entonces, era un asunto del que no se escribía. El silencio narrativo impuesto por la Cédula Real se mantuvo en la república independiente.

¹² Pascual Almazán, *Un hereje y un musulmán: México hace trescientos años*. Novela histórica por Natal del Pomar. México, Imp. de Luis Inclán, calle de San José el Real, núm. 7, 1870. 327 pp.

¹³ Juan A. Mateos. *El Cerro de las Campanas. (Memorias de un guerrillero)*. Novela histórica por... Pról. De José Rivera y Río. México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1868. 757 pp.

¹⁴ Vicente Riva Palacio. *Calvario y Tabor*. Novela histórica y de costumbres por el general... Pról. De Ignacio M. Altamirano. México, Manuel C. de Villegas y Cía., 1868. 589 pp.

¹⁵ Victoriano Salado Álvarez. *De Santa Anna a la Reforma. (Memorias de un veterano. Relato anecdótico de nuestras luchas y de la vida nacional desde 1851 a 1861)*. México, J. Ballestré y Cía, 1902. 3 vols.

¹⁶ Victoriano Salado Álvarez. *Episodios Nacionales Mexicanos. (Segunda serie). La Intervención y El Imperio (1861-1867)*. México, J. Ballestré y Cía., 1903. 4 vols.

Por su parte, el público —tanto el lector como el escucha— mostraba su preferencia por historias que sucedían en países lejanos y épocas pasadas, pues así podía imaginar tipos humanos y paisajes que desconocía. En ese sentido, la Colonia que tenía casi medio siglo de haber finalizado, ofrecía muchas perspectivas y posibilidades a los novelistas, que en términos generales no fueron aprovechadas.

¿Causas? Puede haber dos. Una es que la Colonia no había sido una buena época para los nacidos en las Indias, en primer lugar para los llamados “naturales del lugar” por conquistadores y cronistas, y posteriormente para los criollos. No hablaré aquí de las bestialidades, brutalidades y barbaridades que se producen en toda conquista. Me concretaré a señalar que el proceso de mestizaje distó mucho de la historia de amor que presenta Artemio de Valle Arizpe en “Quien bien te quiere... te hará herrar”, el primer texto *Sala de tapices*.¹⁷ Cuenta el amor de un conquistador, don Juan Cansino, y una bella indígena, llamada Colhua. “La vio con su porte airoso Juan Cansino y el corazón se le fue tras ella”, la mujer acepta sus galanteos. Sin embargo, debido a sus condiciones de conquistador y esclava, por ley y ordenanza, el español se vio forzado a herrarla, marcar con un hierro candente el hermosísimo rostro, acción que Juan llevó a cabo no sólo con el consentimiento sino con la ayuda de su amada; el relato afirma que ella, lejos de quejarse, experimentó placer durante el acto, pues así los enamorados se aseguraban que continuarían juntos... Y en el lento discurrir de los tres siglos de dominación española, una vez que el orden colonial quedó establecido, supuestamente “como Dios manda”, se mantuvo en segundo plano a los criollos, los hijos nacidos en la Nueva España de padres españoles. En la novelita “El criollo”¹⁸ de José Ramón Pacheco, quien se ganó el pan como abogado, puede encontrarse una retahíla de quejas en contra de los privilegios de que disfrutaban los españoles en una tierra que no era la suya, al menos de nacimiento.

Entonces era una positiva desgracia para los mexicanos ser hijos de su hermoso suelo. Anátoma político y excomunión social era la suerte

¹⁷ Artemio de Valle-Arizpe, “Quien bien te quiere... te hará herrar” en *Sala de tapices*, México, Diana, 1980. pp. 7-12.

¹⁸ José Ramón Pacheco, “El criollo” en *El Año Nuevo. Presente Amistoso*. México, 1838, pp. 209-248.

de la más sólida virtud y del saber más profundo, si tenían la fatallidad de recaer en un hijo de español. En todas las capitales del país, y hasta en sus últimos cortijos, bastaba haber venido del otro lado de los mares para ser mejor que el criollo más distinguido. A Indias no se venía a mudar temperamento; y ya se ve, que los que emprendían este viaje con el único objeto de buscar fortuna eran, casi en la totalidad, de la clase más humilde de la península. El monopolio en el comercio, y la preferencia en los empleos y posesiones bajo un sistema más y más perfeccionado en el curso de tres siglos, proporcionaban una fortuna segura, que aunque con ella no se comprase un título de conde o marqués, bastaba por sí sola para hacer al que la poseía el hombre de las atenciones, capaz a su vez de proteger al sobrino o al paisano que venía a marchar sobre sus huellas; pero esta fortuna no era suficiente para dar una educación, por decirlo así, infusa, para revestir al burdo o al necio de modales y conocimientos que no adquirió en sus primeros años.¹⁹

Hay una segunda causa que puede ayudar a explicar el silencio de los novelistas mexicanos con respecto a la Colonia. Este nuevo silencio narrativo no obedecería a una prohibición de las autoridades, sino simple y sencillamente a la falta de conocimientos. ¿Qué se sabía de la Colonia en el México de mediados del siglo xix? Muy poco y el nuevo país no se mostraba muy deseoso de indagar en su pasado inmediato. Los malos tiempos de dominación extranjera, por fortuna, habían quedado superados y los próceres de la nueva nación eran sus insurgentes y, remontándose a épocas casi míticas, personajes indígenas como Cuauhtémoc. Los autores que habían escrito sobre la Colonia en el periodo inmediatamente posterior a la Independencia habían nacido y crecido, o al menos vivido buena parte de su infancia, bajo el dominio español; en la segunda mitad del siglo xix aquello era una etapa histórica que había que olvidar. Téngase en cuenta de que una cosa es redactar algunas cuartillas con base en una leyenda que nos cuenta el barbero, o con los comentarios acerca de los atropellos y abusos de un peninsular que hacía y deshacía a su antojo en las Indias, y otra más laboriosa es urdir y desarrollar una trama novelística con esos elementos, que requieren el apoyo de la información relativa al tema.

¹⁹ *Ibid.*, p. 209.

El autor que rompió el silencio mexicano en torno a la Colonia fue el general Vicente Riva Palacio, quien casualmente tuvo bajo su custodia los archivos de la Santa Inquisición, de los que se valió para recabar la información que le permitió dar a la imprenta tres novelas cuyas acciones se desarrollan en la Nueva España. Las tres son folletines y el público tuvo la oportunidad de conocerlas en 1868 y 1869; o sea, en sólo dos años: *Martín Garatuza*, (*Memorias de la Inquisición*),²⁰ *Monja y casada, virgen y martir* (*Historia de los tiempos de la Inquisición*)²¹ y *Las dos emparedadas* (*Memorias de los tiempos de la Inquisición*).²² El hecho de que estos tres novelones hayan sido dados a la imprenta en tan poco tiempo no significa que Riva Palacio las haya escrito en tan breve período, como algunos piensan; más bien se trata de obras que el general había trabajado con anterioridad y que decidió presentar al público durante el auge de la novela histórica. Como en las primeras narraciones de ambiente colonial, el Santo Oficio resulta fundamental en las tramas de las novelas de Riva Palacio, pero en sus folletines el general ofrece más información de la manera de actuar del tribunal y de la época. Lectura tras lectura de legajos inquisitoriales, entrega a entrega de los capítulos de sus novelas, Vicente Riva Palacio —quien ganó sus estrellas de general de brigada combatiendo en contra de la intervención francesa y el imperio de Maximiliano— se convirtió en toda una autoridad en materia colonial. Expuso sus vastísimos conocimientos sobre la Nueva España en el segundo tomo de *México a través de los siglos: El virreinato*, (1885)²³ que abarca desde 1521, concretamente la situación de la gran Tenochtitlán después de la prisión de Cuauhtémoc, hasta el juramento como virrey de don Félix Berenguer de Marquina, el 30 de abril de 1800. Se trata de un estudio monumental, de casi novecientas mil palabras, dividido en tres libros, uno

²⁰ Vicente Riva Palacio. *Martín Garatuza. Memorias de la Inquisición*. México, Manuel C. de Villegas, 1868. 606 pp.

²¹ Vicente Riva Palacio. *Monja y Casada. Virgen y Mártir. Historia de los tiempos de la Inquisición*. México, Manuel C. de Villegas, 1868. 606 pp.

²² Vicente Riva Palacio. *Las dos emparedadas. (Memorias de los tiempos de la Inquisición)*. México, Manuel C. de Villegas, 1869. 608 pp.

²³ *México a través de los siglos, (Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México desde la antigüedad más remota hasta la época actual)*, obra única en su género, publicada bajo la dirección del general D. Vicente Riva Palacio. Compuesta por cinco tomos, apareció de 1884 a 1889.

para cada siglo de dominación española, en el que pasa revista a la obra de todos y cada uno de los gobernantes españoles, así como brinda abundante información acerca de las principales instituciones coloniales, tanto civiles como eclesiásticas. Entre otras muchas informaciones, *El virreinato* refiere que, inmediatamente después de consumada la conquista y viendo el trato salvaje que los conquistadores daban a los indígenas con el pretexto de que eran idólatras, pueblos enteros en tropel solicitaban el bautismo, no por obra y gracia de la fe, como los primeros cristianos, sino con la esperanza de que, una vez que se convirtieran en hijos del verdadero Dios, no padecieron la brutal explotación de los encomenderos... Otros datos: en el año del Señor de 1711, a la sociedad virreinal la aquejaba una enorme corrupción, los tribunales habían llegado a un alto grado de desorden y de injusticia, los alcaldes mayores eran la plaga de las provincias y el clero vivía en “escandalosos amancebamientos, sin recatarse”...²⁴ Riva Palacio expone hechos, ofrece explicaciones y rara vez censura. En este sentido, *El virreinato* vendría a ser una especie de respuesta, un reflejo mexicano, el de unos mestizos, pues Riva Palacio trabajó en compañía de Alfredo Chavero y José María Vigil entre otros, a la *Historia general de las cosas de Nueva España* de Fray Bernardino de Sahagún. En ese mismo año de 1885, había –por así decirlo– rendido la asignatura indispensable para todo narrador interesado en la época virreinal: escribir acerca de las leyendas y tradiciones coloniales, sólo que Riva Palacio lo hizo en verso y al alimón con su ahijado, el poeta Juan de Dios Peza, en las páginas del diario *La República* y usando el seudónimo “Cero”. Las leyendas publicadas fueron: “La leyenda de la calle de Olmedo”, “El puente del clérigo”, “La calle de la joya”, “La calle del puente o salto de Alvarado” y “La mujer herrada”; posteriormente publicaron “Don Juan Manuel”, “La llorona”, “La mulata de Córdoba”, “El visitador Muñoz” y otras que fueron reunidas en un volumen.²⁵ El general Vicente Riva Palacio pasó los últimos años de su vida en Madrid, donde falleció el 22 de noviembre de 1896, año en que publicó su último libro, *Cuentos del general*,²⁶ que incluye un par de narraciones coloniales.

²⁴ Vicente Riva Palacio. *México a través de los siglos. El Virreinato*, p. 765.

²⁵ Vicente Riva Palacio y Juan de Dios Peza. *Tradiciones y leyendas mexicanas*. México, Conaculta, 1996. 262 pp.

²⁶ Vicente Riva Palacio. *Cuentos del general*. Madrid, Sucesores de Rivadeneira, 1896. 291 pp.

El domingo 25 de julio de 1897 los lectores de *El mundo* (*Semanario ilustrado*) encontraron, en la página 67, un texto intitulado “Este es el enjemplo del monje Bernabé, yoglar de Nuestra Sennora”, escrito en español antiguo y firmado por el “Arcipreste Joan Férruz”,²⁷ quien no era otro que Victoriano Salado Álvarez. La pieza, que bien puede considerarse un antecedente del colonialismo, es una breve estampa, cuyos dos primeros párrafos se transcriben:

Yo en tierra de Francia y en tiempo del santo rey Luis un buen xpiano que avie nonme Bernabé e era yoglar de oficio. Su mantenencia era facer yoglerías e trufanerias, ca en las ferias e fiestas tendía en tierra una gran alhombra é poniendo so la nariz una taza estanada arrojaba al aire hasta XII pelotas de cobre o escomenzaba a doblarse como víbora, o lanzaba espadas que cogía sin dapno; mas como quien tal miraba non facia caudal de la habilidad de Bernabé, a la postre non ayuntaba tres figas é una chirivia que le ayudasen a yantar.²⁸

Conviene transcribir también el comentario final del autor, pues muestra el espíritu que dos décadas más tarde adoptarán los colonialistas, consistente en dejar sentado que escriben, debidamente documentados en papelotes de antaño y hogaño, en un tiempo presente —ellos en el inicio del siglo xx, Salado Álvarez en las postrimerías del xix—, pero con el espíritu de la época colonial.

Con gran cuidado del amor de Cristo é con gran diligencia Don Anatolio Francia, home timoroso de Dios, sacó de los archivos viejos este enxemplo, que yo vertí del romance gálico al nuestro castellano, tollendo las razones que entendí soberanas é dobladas é poniendo otras que entendí que cumplía.

En Guadalajara de México, á los quince dias por andar del mes de junio de mil ochocientos y noventa y siete años de la nuestra salud.

Arcipreste Joan Férruz ²⁹

²⁷ María del Carmen Ruiz Castañeda y Sergio Márquez Acevedo. *Diccionario de seudónimos, anagramas, iniciales y otros alias*. México, UNAM-Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2000. p. 748.

²⁸ *El mundo*, t. II, núm. 4, México, julio 25 de 1897, p. 67.

²⁹ *Loc. cit.*

Un decidido propagador de conocimientos coloniales fue Luis González Obregón, a quien Artemio de Valle Arizpe llamó “ameno archivo que camina”. Nació en Guanajuato, el 25 de agosto de 1865 y cuando tenía dos años sus padres se trasladaron a la ciudad de México. Alrededor de 1890 empezó a publicar artículos en *El Nacional*, acerca del pasado y las leyendas de la ciudad de México, que luego conformarían sus libros: *México viejo* (1521-1821)³⁰. *México viejo y anecdótico* (1909)³¹ y *La vida en México en 1810* (1911).³² Su libro más popular es, sin duda, *Las calles de México* que originalmente apareció en dos volúmenes (1922³³ y 1927³⁴). A partir de la obra de González Obregón, el estudio y la evocación del pasado colonial ya no dedican la mayor atención al Santo Oficio, sino a la joya más preciada de la Colonia, que no es otra que la ciudad de México, la urbe de los cuatro *calpullis* entre dos lagos.

En 1905 apareció *El libro de mis recuerdos. Narraciones históricas, anecdóticas y de costumbres mexicanas anteriores al actual orden social*, del ingeniero Antonio García Cubas (1832-1912).³⁵ La obra tiene el encanto de la evocación, del recuerdo que un amoroso abuelo cuenta a sus nietos. García Cubas habla de su niñez, que ya transcurrió en el México independiente, pero no deja de referirse a la ciudad colonial que él todavía pudo contemplar con mirada de niño, la más diáfana de todas, esa urbe quizá más religiosa aún que la metrópoli azteca, llena de iglesias, conventos y monasterios. La segunda parte del libro, “Cuadros de costumbres”, quizá sea la de mayor interés, pues pasa revista a toda una galería de personajes ya desaparecidos del paisaje urbano, como el aguador, el sereno, el carbonero, el mantequero, el velero, el mercero, etc., así como los pormenores de bautismos y compadrazgos, sin olvidarse de los juegos de salón. García Cubas

³⁰ Luis González Obregón. *México viejo*. México, librería-editorial de la vda. de Ch. Bouret, 1891.

³¹ Luis González Obregón. *México viejo y anecdótico*. París-México, librería editorial de la vda. de Ch. Bouret, 1909.

³² Luis González Obregón. *La vida en México en 1810*. París-México, librería editorial de la vda. de Ch. Bouret, 1911.

³³ Luis González Obregón. *Las calles de México, leyendas y sucesos*. México, Botas, 1922.

³⁴ Luis González Obregón. *Las calles de México, vida y costumbres de otros tiempos*. México, Botas, 1927.

³⁵ Antonio García Cubas, *El libro de mis recuerdos*, México, Arturo García Cubas Sucesores Hermanos, 1905. 635 pp.

nos habla del México de las diligencias que recorrían caminos llenos de salteadores —como los célebres Bandidos de Río Frio—, así como de los vítores (“esos de hombres, en su mayor parte muchachos, que, con banderolas en grandes carrizos de hojas verdes, que llamaban *cañaverales*, recorrían las calles próximas al templo”³⁶) que precedían a determinadas ceremonias religiosas, y docenas y docenas de reminiscencias de la Colonia que poco a poco fueron desapareciendo conforme iba transcurriendo el siglo xix.

Los colonialistas vinieron al mundo durante la paz porfiriana, varios de ellos —Valle Arizpe y Alfonso Cravioto fueron hijos de gobernadores— en el seno de familias acomodadas. El colonialismo fue una moda, no una corriente, en la literatura mexicana de la primera mitad del siglo xx. Las primeras narraciones colonialistas aparecen en 1917 y en 1926 *Pero Galin* prácticamente lo sepulta —aunque eso no impidió que algunos de sus cultivadores perseveraran en asuntos tales. En el campo de la narrativa, el colonialismo fue contemporáneo de la novela de la revolución, principalmente de Mariano Azuela, de autores costumbristas como Carlos González Peña; curiosamente, los llamados novelistas arcaizantes fueron estrictos contemporáneos de la vanguardia mexicana —y latinoamericana— más radical, El estridentismo (diciembre de 1921 a septiembre de 1927), cuya poesía fue llamada de petate, en cambio con el paso del tiempo su prosa está siendo más apreciada. El colonialismo, entendido como un interés por los tiempos virreinales, también se manifestó en estudios sobre la arquitectura de ciudades como Taxco y Oaxaca, así como aprecio por los muebles y en general objetos y artesanía de esa época, que el México independiente había mantenido oculta.

Los narradores colonialistas son: Ermilo Abreu Gómez, oriundo de Mérida, Yucatán; Genaro Estrada, nacido en Mazatlán, Sinaloa; Jorge de Godoy, quien nació en Popotla, un pueblito a las afueras de la gran ciudad, que actualmente es uno más de sus barrios; Julio Jiménez Rueda, chilango, lo mismo que Francisco Monterde; en tanto que Artemio de Valle Arizpe nació en Saltillo. Cercano a ellos, pero sin pertenecer al grupo, está Victoriano Salado Álvarez (1867-1931), el autor de algunos relatos colonialistas, como el ya mencionado “Este es el ejemplo del monje Bernabé...”, y “La vida y la muerte del primer santo mexicano”; el

³⁶ *Ibid.*, México, Porrúa, 1986, p. 285.

ateneísta Alfonso Cravioto (1883-1955) es considerado un colonialista por obra y gracia de *El alma nueva de las cosas viejas* (1921),³⁷ con más de seis docenas de poemas de escaso estro, pero plena inspiración virreinal. Se puede advertir que la mitad de los colonialistas son provincianos y la mitad capitalinos, unos escriben sobre la Colonia en México y otros en el extranjero, la mitad continuaron escribiendo narrativa sobre la Colonia y la otra mitad abandonaron la empresa; el enfoque de todos sobre la sociedad colonial se concentra en los estratos superiores, por lo que los indígenas, que conformaban el más numeroso grupo social, no son tomados en cuenta. Fieles a su origen y a su formación decimonónica gustaron de los seudónimos: Francisco Monterde fue “Justo Adalid”,³⁸ “Franz Mont”, “El bachiller cronista”, “Duende de la Biblioteca”, entre otros muchos alias; Jorge de Godoy firmó algunos de sus textos como: “Rodrigo de Almeida”, “El Caballero de la Sortija Blasonada”, “El Duque de Valdemar” o “El Príncipe de Valdemar”; Ermilo Abreu Gómez fue el “Pez que fuma”; Genaro Estrada se presentó como “Pero Galín”, su personaje, y también como “Lápiz tinta”: Julio Jiménez Rueda fue el “Duende de San Ildefonso”, y Artemio de Valle Arizpe fue “Clavileño” y “Astolfo de Nerval”.

María del Carmen Millán señala que la mayor importancia para las letras y la cultura mexicana no está precisamente en su obra narrativa.

La mejor parte de su producción, la más perdurable, es la que agrupa sus estudios: historias de la literatura o de la cultura, documentadas indagaciones y ensayos sobre personalidades literarias, corrientes o épocas, relaciones aclaratorias, rectificaciones y noticias que proponen nuevos rumbos a los estudios históricos, críticos y literarios.³⁹

Como se dijo antes, el interés de todos y cada uno de ellos tiene un punto central: la ciudad de México, la muy noble, insigne y leal ciudad de México. Apenas algunos meses antes que los colonia-

³⁷ Alfonso Cravioto. *El alma nueva de las cosas viejas*. México, México nuevo, 1921. 201 pp.

³⁸ Los seudónimos fueron tomados de María del Carmen Ruiz Castañeda y..., *op. cit.*

³⁹ María del Carmen Millán, “Prólogo” al libro de Genaro Estrada, *Pero Galín*. México, INBA, 1967, p. XVII.

listas, otro provinciano mexicano, de nombre Alfonso Reyes, había escrito en Madrid su “Visión de Anáhuac”, una soberbia descripción de la ciudad que habían contemplado esos hombres llegados del otro lado del mar. Los narradores colonialistas, quienes reconocían a don Luis González Obregón como su maestro, van a consagrar la mayoría de los afanes literarios a esa urbe con calles de tierra y calles de agua, y calles de agua y tierra, en donde las casas de los conquistadores fueron construidas valiéndose de piedras utilizadas en las pirámides, la airosa sobreviviente de sismos e inundaciones. Genaro Estrada rememora que por las tardes, después del trabajo, los jóvenes literatos acostumbraban reunirse a platicar y después deambulaban por las calles de la ciudad. Cierta ocasión ascendieron por una de las torres de la catedral y el paisaje de bóvedas y cúpulas les hizo ver que la antigua urbe colonial seguía ahí

Francisco Monterde García Icazbalceta (1894-1985) publicó el primer libro colonialista: *El madrigal de Cetina y El secreto de la escala*⁴⁰ en 1918. Vale la pena transcribir el subtítulo, muy a la usanza virreyalista: “Son narraciones de lejanos tiempos en los que figuran visorreyes y visitadores fijosdalgos y conquistadores frailes e inquisidores de la Nueva España”. En colaboración con Manuel Horta y otros dio a la imprenta *Estampas de antaño: añejas páginas de amor y picardía*⁴¹. Consagró un ensayo a *Los virreyes de la Nueva España* (1922) y retornó a la narrativa colonialista con *El temor de Hernán Cortés y otras narraciones de la Nueva España* (1943)⁴², libro dedicado a Luis González Obregón y prolongado por el maestro (“Parecer de un lector jubilado y calificador del Santo Oficio”). El relato que da título al libro nos cuenta que el marqués del valle de Oaxaca fue picado por un escorpión y el conquistador estuvo a un tris de sufrir parálisis permanente. Ofrece un exvoto a la virgen de Guadalupe de Extremadura y su

⁴⁰ Francisco Monterde. *El Madrigal de Cetina y El Secreto de la Escala*. Pról. de Manuel Horta. México, Imprenta Victoria, 1918. 70 pp.

⁴¹ Manuel Horta. *Estampas de Antaño. Añejas páginas de amor y picardía*. (Las escribió y publica Manuel Horta, Alfonso Camín, Francisco Borja Bolado, Francisco M. García Icazbalceta y J. M. González de Mendoza, las cantaron gallardamente). México, Imp. José I. Muñoz, 1918. 130 pp.

⁴² Francisco Monterde. *El temor de Hernán Cortés y otras narraciones de la Nueva España*. Pról. Luis González Obregón. Méx. Impr. Universitaria, 1943. 343 pp.

fervor lo salva. El resto son treinta pequeños relatos, ordenados cronológicamente, en algunos de los cuales ofrece variantes de tradiciones y leyendas tratadas por otros autores, como “La mulata de Córdoba” o la de San Felipe de Jesús como aprendiz de orfebre. Digna de mención es su versión de la leyenda de don Juan Manuel, acaso la mejor de todas. Monterde la titula “La muerte de don Juan Manuel” y su relato gira en torno a un reloj “de forma rara y curiosa” que don Juan Manuel busca sin éxito en la Nueva España, precisamente el reloj que consulta un comerciante en el momento en que descubre el cadáver del noble español en la Plaza Mayor de la capital de la Nueva España para ver “la hora precisa de su hallazgo para referir el hecho a sus amigos”...⁴³ La narrativa colonialista se basa en tradiciones y leyendas, así como en vidas de santos o anécdotas de los principales personajes de esa época, pero muy poco ofrece en cuanto a invención. Curiosamente, tocó a Francisco Monterde publicar el último libro de la moda colonialista: *Cuaderno de estampas* (1961)⁴⁴, editado por Juan José Arreola dentro de los libros de El Unicornio. Es otra colección de pequeñas estampas, presentadas de la más antigua a la más reciente, en las que personajes famosos de la colonia aparecen en facetas desconocidas de ellos: el virrey Antonio de Mendoza de cacería en el bosque de Chapultepec, Juan Ruiz de Alarcón es fiscal... Un desarrollo de esas facetas bien pudiera haber producido una literatura de mayor interés al lector. Sin embargo, por enésima ocasión, la narrativa colonialista se limita a ofrecer una estampa, una imagen, un relato sin relieves ni honduras. Hay que abonar a favor de Monterde una prosa pulcra y sencilla, aunque sus aciertos literarios son modestos.

Debemos a Ermilo Abreu Gómez el que muy posiblemente sea el más hermoso relato indigenista mexicano: *Canek*. Los manuales de literatura dicen que se inició como “novelista arcaizante” (un colonialista) y como tal publicó dos pequeños libros: *El corcovado*. (*Un amor de don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza*)⁴⁵ y *La vida*

⁴³ *Ibid.*, pp. 135-146.

⁴⁴ Francisco Monterde. *Cuaderno de estampas*. México, El Unicornio, 1961. 111 pp.

⁴⁵ Ermilo Abreu Gómez. *El corcovado*. (*Un amor de don Juan Ruiz de León y Mendoza*). Carta-prólogo de Alfonso Reyes. México, E. Gómez de la Fuente, 1923. 69 pp.

del venerable siervo de Dios Gregorio López.⁴⁶ El primero, una novelita, refiere el enamoramiento —“el amo se ha engolondrinado”, exclama un criado— del dramaturgo mexicano por obra y gracia de doña Clara de Cienfuegos y Horcasitas, señora de polendas, quien lo desprecia, por lo que Ruiz de Alarcón decide partir a la Vera Cruz con el fin de embarcarse a España. Alfonso Reyes, quien había tenido la oportunidad de leer el manuscrito de *El corcovado*, le señaló a su colega un error en el cual cayeron los colonialistas:

En *El corcovado* se ha atenido usted a su pintura de la historia y eso me contenta menos. Algo largo el cuento para el suceso: mucho deleite de ensartar palabras por el gusto de hacerlo. Cosa legítima, claro es, pero sólo cuando no se está insistiendo en la tradición de una lengua, sino inventando, innovando, creando lengua.⁴⁷

Párrafos adelante le hace ver que bien pudo fijarse en aspectos más interesantes de la vida del dramaturgo mexicano, “pobre poeta de la urbanidad”, que tantos pesares padeció en España. Abreu Gómez plasmó una segunda narración colonialista, la novela corta *La vida del venerable Gregorio López*, quien —nos dice la narración— nació en Madrid en 1542 y pasó buena parte de su tránsito por este valle de lágrimas en la Nueva España, donde dio ejemplo de amor a Dios y al prójimo. Ermilo Abreu Gómez entregó a sus lectores una lenta sucesión de imágenes, que llenaron de júbilo a nuestro venerable conocido, don Luis González Obregón, quien elogió a su discípulo:

tiene su pluma toda la corrección y todo el sabor de los místicos hagiógrafos que nos han legado páginas tan hermosas como las del libro de usted... Estoy maravillado de su arte descriptivo tan preciso y tan conciso, que hace ver lo que evoca...

No abandone los pinceles, que lienzos tiene tan emparejados para que nos pinte las figuras romanescas de aquellos tiempos...⁴⁸

⁴⁶ Ermilo Abreu Gómez. *La vida milagrosa del venerable siervo de Dios Gregorio López*. Pról. de Artemio de Valle-Arizpe. México, Talle-res tip. Carlos Rivadeneyra, 1925. 118 pp.

⁴⁷ Alfonso Reyes, “Carta-prólogo” a Ermilo Abreu Gómez. *El corcovado*... p. 13.

⁴⁸ Elogio de don Luis González Obregón, dedicado a Ermilo Abreu Gómez, autor de la obra *La vida milagrosa del venerable siervo de Dios Gregorio López*... pp. 29-30.

González Obregón indica que uno de los objetivos de los colonialistas era pintar lienzos, usar la pluma como si fuera un pincel, con lo cual la acción narrativa casi se detenía o transcurría con harta, exasperante para más de un lector, lentitud... Curiosamente, poco tiempo antes, en 1918, Amado Nervo había publicado *El sexto sentido*, una novela corta inspirada en el cine, pues ante los ojos del protagonista corren, como si se tratara de una película, los sucesos futuros de su existencia. Y Alfonso Reyes, en “La cena”, de *El plano oblicuo*, nos ofrece un cuento en el que todos los objetos parecen estar en movimiento. El colonialismo resultaba la antítesis de la vanguardia que se estaba gestando en la segunda y la tercera décadas del siglo xx, una vanguardia familiar para algunos escritores mexicanos residentes en Europa. Ermilo Abreu Gómez abandonó la narrativa colonialista, y su interés por la colonia se concentró en el estudio de la obra de Sor Juana Inés de la Cruz (se le considera “el descubridor” de Sor Juana) y la de Juan Ruiz de Alarcón. En 1968, el emeritense publicó sus *Páginas escogidas*, una selección de su obra —tanto de creación como de crítica— que él mismo elaboró. En la antología no se incluye ningún fragmento de sus libros de su época colonialista y en el apéndice, que consiste en una lista de todos y cada uno de los libros que Ermilo Abreu Gómez (de la Academia Mexicana) publicó, no aparecen ni *El corcovado* ni *La vida del venerable Gregorio Pérez*. De nueva cuenta, el silencio ante la época colonial.

Jorge de Godoy (1894-1949) es el colonialista con más talento narrativo, para el oriundo del barrio de Popotla los hechos resultan más importantes que la ambientación colonial. Es un narrador nato, sus cuentos ganaron varios concursos literarios (uno concedido por la Junta de Covadonga, en 1912, otro por el periódico *El Universal* en 1920). La obra colonialista de Jorge de Godoy está reunida en *El libro de las rosas virreinales*,⁴⁹ que contiene cuatro cuentos y una novela corta, “Oro de Francia”, una acertada mezcla de novelita de filibusteros con narración colonialista. Quizá la gran fuerza narrativa de Jorge de Godoy obedezca al hecho de que es el romántico dentro de los colonialistas. En una narrativa enmarcada en un mundo casi estático, ordenado y regido por una voluntad muy superior a la humana, en el que el destino de

⁴⁹ Jorge de Godoy. *El libro de las rosas virreinales*. México, Herrero hermanos sucesores, 1923. 183 pp.

los moradores de este valle de lágrimas está trazado y decidido de antemano, Jorge de Godoy se vale del sentimiento amoroso para proporcionar a sus personajes, al menos por unos instantes, la ilusión de una alternativa que los satisfaga plenamente en esta vida. “Perfume de antaño” refiere el amor no fraguado, aunque sí correspondido, entre el caballero español don Rodrigo de Medina y una de las damas de compañía de la virreina, doña Juana de Asbaje. Un equívoco, una fugaz visión que no correspondía a la realidad, impide la unión de los enamorados, quienes continúan y concluyen sus vidas alejados. Al igual que Francisco Monterde, Jorge de Godoy no calló su admiración por los templos indígenas, como el Gran Teocalli azteca; plasmó uno de los contadísimos fragmentos del colonialismo en que aparecen indígenas.

Entre los nopales que en los sitios roqueros crecen, asemejando bellas figuras heráldicas, dignas de estampar su sinople en los carteles de un escudo, mírase de trecho en trecho el bulto de un indio, en cuclillas, como los ídolos, envuelto en una manta cuyo dibujo y colores bien pudieran decorar un viejo códice, con el rostro hierático que los artistas precolombinos pusieron en los múltiples dioses de su maravillosa teogonía, poética y cruel.⁵⁰

Una frase así le hubiera acarreado infinidad de problemas con el Santo Oficio... Después de su brevísima etapa colonialista, Jorge de Godoy se dedicó a la crónica periodística, sin abandonar del todo la escritura de relatos, aunque basados en sucesos contemporáneos. Uno de sus compañeros colonialistas, Julio Jiménez Rueda, comentó —no sin tristeza— que el periodismo había acabado con Godoy, ¿el malo-grado de un grupo de jóvenes literatos, que no pocas ocasiones resulta ser el que más prometía?

El primer libro de Genaro Estrada (1887-1937) *Visionario de la Nueva España. Fantasías mexicanas*⁵¹ es una sucesión de imágenes, estampas, variantes de alguna tradición o leyenda, “fantasías poéticas” a decir de su autor; esto es, se apega fielmente al formato colonialista. La segunda parte del título, *Fantasías mexicanas*, nos recuerda que, a fin de cuentas, estos jóvenes con las narices metidas entre legajos y papelotes, que deambulaban por

⁵⁰ *Ibid.*, p. 84

⁵¹ Genaro Estrada. *Visionario de la Nueva España. (Fantasías mexicanas)*. México, México Moderno, 1921. 204 pp.

las calles de la gran ciudad en pos de la sombra de personajes muertos siglos ha, eran mexicanos, estudiosos de la historia de su patria que se asomaban a una de nuestras raíces, la hispana. Y esta inmersión en nuestro pasado de alguna manera los acercaba a literatos que hacían gala de su nacionalismo, como Ramón López Velarde y José Juan Tablada. *Visionario de la Nueva España*, en el texto final, "Diálogo churrigüeresco", incorpora un elemento hartamente raro dentro de esta moda: el humor, un humor corrosivo en contra de la "literatura retrospectiva", que no es otra que el colonialismo. Y esta burla, que por momentos llega al escarnio, se manifiesta en *Pero Galin*,⁵² la novela colonialista destinada a acabar a garrote vil con el colonialismo. En su segundo capítulo se nos da la receta para escribir como todo un autor colonialista:

La fabla es la médula del colonialismo aplicado a las letras. La receta es fácil: se coge un asunto del siglo XVI, del siglo XVII o del siglo XVIII y se le escribe en letra vulgar. Después se le van cambiando las frases, enrevesándolas, aplicándoles transposiciones y, por último, viene la alteración de las palabras. Hay ciertas palabras que no suenan a colonial. Para hacerlas sonar se les sustituye con un arcaísmo, real o inventado, y he aquí la fabla consumada.

El escritor colonialista conoce bien estas triquiñuelas y las usa con aplicada técnica. Helo aquí ya en su mesa de trabajo, con la pluma alerta... y así es como, después de concienzuda rebusca de los giros más adecuados y de verificar nombres y citas, el escritor colonial coge la pluma y escribe:

Esta es la verdadera crónica de lo que aconteció al Caballero de Santiago don Uriel de Lanzagorta, en ocasión de la publicidad de su relación que se imprime con el nombre de La Famosa Villa de Meztitán y sus Primitivos Pobladores y de otros sucesos que verá el curioso lector en el curso de la misma.

El escritor colonialista se ha detenido un momento, para releer atentamente y, luego de meditar las palabras y de consultar el diccionario de la lengua y el de sinónimos, pone una raya en donde dice esta, cambia la palabra por la de aquesta; sustituye la frase de la publicidad por la del apareamiento; altera relación por mamotreto; imprime por estampa; sucesos por subcesos y misma por mesma, cambios todos que, a su juicio, han sido hechos con palabras coloniales hasta no poder más.

⁵² Genaro Estrada. *Pero Galin*. México, Cultura, 1926. 173 pp.

Y luego que ha escrito el rótulo, adornándolo de preciosos rasgos caligráficos, empieza su relación de esta manera:

Habedes de saber que en *anno Domini* de mil quinientos de ochenta y cuatro años.⁵³

Aquella fue, en la literatura mexicana, la hora del habedes. Un estricto contemporáneo de Galín, Pierre Menard, en su condición de “autor del Quijote”, tendría bastante que hablar al respecto... A continuación se nos refiere la historia del anticuario Pedro Galín, mejor conocido como Pero Galín, quien contrae matrimonio con Carlota, una mujer muy hermosa y moderna, exactamente lo opuesto a él. Pasan su luna de miel en el sur de los Estados Unidos, con una prolongada estancia en Los Ángeles, donde Galín observa el flamante mundo de la modernidad con sus ojos de anticuario. *Pero Galín* no es una obra colonialista. Hagamos a un lado la trama de la novelita y tan sólo apuntemos que es la despedida de Genaro Estrada del colonialismo. En adelante sólo publicaría un poemario, *Crucero* y algunos otros poemas sueltos, así como artículos de crítica literaria. Sus esfuerzos y afanes posteriores los dedicó, como la mayor parte de la “inteligencia mexicana”, al servicio de la patria, concretamente en la diplomacia.

Julio Jiménez Rueda (1896-1960) cultivó el colonialismo sin prisas, a lo largo de treinta años, paralelamente a su carrera académica y de crítico literario. Para Jiménez Rueda se trató de una evasión del conflicto revolucionario y al mismo tiempo una búsqueda de nuestras raíces, también una reacción contra el afrancesamiento de los modernistas. Discrepa con lo expuesto por Genaro Estrada, pues Jiménez Rueda considera que el colonialismo contribuyó a enriquecer la lengua que manejaban los escritores.⁵⁴ Se dio a conocer con *Cuentos y diálogos*,⁵⁵ que además de las consabidas estampas, en “Camino de perfección” nos relata tres momentos en la vida de Sor Juana Inés de la Cruz: la corte virreinal, el convento y el día de su muerte –asunto que retomará en *Sor Adoración del Divino Verbo*. (*Crónica de una vida imaginaria*

⁵³ Genaro Estrada. *Pero Galín*, México, Conaculta, 1990, pp. 14-15.

⁵⁴ Las opiniones de Jiménez Rueda están tomadas de su entrevista en Emmanuel Carballo, *Protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX*, México, Conaculta, 1986, pp. 202-213.

⁵⁵ Julio Jiménez Rueda. *Cuentos y diálogos*. París, C. Bouret, 1918, pág. varia.

en el virreynato de la Nueva España)⁵⁶ (1923), una novelita que falla en su desarrollo y arriba con brusquedad al desenlace. *Moisés. Historias de judaizantes e inquisidores que vivieron en la Nueva España al promediar el siglo xvii*.⁵⁷, es la obra preferida de Jiménez Rueda, pues: “En ella capté la esencia del mundo colonial” y abunda: “Es al mismo tiempo obra histórica y artística”. Lo cierto es que la mayoría de las historias de *Moisés* habían sido dadas a conocer décadas atrás por Luis González Obregón, Jiménez Rueda las engarzó con no poca –pero tampoco mucha– fortuna. *El caballero del milagro* (1947)⁵⁸ tiene –para su editor, don Andrés Botas– “una seria raigambre histórica”. Sucede en el siglo xvii y nos habla de varios personajes sujetos a proceso inquisitorial. Jiménez Rueda logra una reconstrucción más ceñida a la historia que las de Riva Palacio –quien, no lo olvidemos, escribía folletines.

Artemio de Valle Arizpe (1888-1961) fue el colonialista más importante, se consagró con devoción y fidelidad incólumes a los tiempos de los virreyes y sólo la muerte fue capaz de sacarlo de ahí –aunque a nadie sorprendería que aún ahora permaneciera allá, en aquellos siglos. Publicó más de cincuenta libros, todos y cada uno de ellos con sucesos en la época de la dominación española. Valle Arizpe fue abogado, diplomático y, por sobre todas las cosas, un caballero católico. Como escritor halló la inspiración en legajos, incunables y pergaminos, así como en las antigüedades. Su leyenda dice que frecuentemente usaba capa y que más que en una casa don Artemio vivía en un museo, donde a mañana tarde y noche podía aspirarse el aroma del soconusco calentito; esto es, del chocolate. El arte culinario, las delicias que preparaban las monjas y las recetas de excelsas cocineras aparecen a cada momento en toda su obra.

Sus dos primeros libros marcan los derroteros que habría de seguir como escritor. Debuta con *La gran ciudad de México-Te-*

⁵⁶ Julio Jiménez Rueda. *Sor Adoración del Divino Verbo. (Crónica de una vida imaginaria en el virreynato de la Nueva España)*. México, E. Gómez de la Puente, 1923. 109 pp.

⁵⁷ Julio Jiménez Rueda. *Moisés. Historias de judaizantes e inquisidores que vivieron en la Nueva España al promediar el siglo xvii. (Las saca a la luz el licenciado Julio Jiménez Rueda y le pone prólogo el lic. Don Antonio Caso.)* México, Cultura, 1924. 125 pp.

⁵⁸ Julio Jiménez Rueda. *El caballero del milagro en Novelas coloniales. (Sor Adoración del Divino Verbo. Moisés. Cuentos)*. Prólogos de Victoriano Salado Álvarez y Antonio Caso. México, Botas, 1947. 319 pp.

nustitlán, perla de la Nueva España, según relatos de antaño y hogaño (1918)⁵⁹ y al año siguiente publica, en Madrid, *Ejemplo*⁶⁰. *La gran ciudad de México...* es una antología de textos sobre la capital del imperio azteca, de la Nueva España y de la República Mexicana, varios desconocidos en ese entonces, que Valle Arizpe encontró hurgando en archivos mexicanos y españoles. Se trató de un trabajo por encargo, pues los directores de la colección Cultura le pidieron “una pequeña antología de viejos prosadores, pero he creído que ésta tendría un muy mayor interés”.⁶¹ Y vaya si lo fue, por lo menos para Valle Arizpe, que no abandonó el tema en las más de cuatro décadas que le quedaron de vida. La segunda edición apareció en 1924, con un nuevo título: *La muy noble y leal ciudad de México, según relatos de antaño y hogaño*,⁶² amén de algunos añadidos. En la tercera edición don Artemio volvió a cambiarle el título: *Historia de la ciudad de México, según los relatos de sus cronistas*,⁶³ con más adiciones. Conservó el título para la cuarta y definitiva edición, de 1946, que incluyó nuevas inclusiones, para un gran total de 43 colaboraciones, tres de don Artemio.⁶⁴ En la introducción, Valle Arizpe describe esa ciudad que “parecía a las cosas de encanto que cuentan en el libro de Amadís”. Ciudad de quietos lagos con jardines flotantes (ésta que vieron los conquistadores, lo que para mí, oriundo de ella, siempre fue cosa de encanto). El primer texto habla del esplendor de la gran Tenochtitlán, sigue con la llegada de los españoles, su huida la Noche Triste, el sitio y la toma de la ciudad, las encomiendas y el orden colonial, las primeras casas que semejabán fortalezas, las iglesias y los conventos, así como las vestiduras de señoras y señores, en un estilo cargado de descripciones y con demasiados

⁵⁹ Artemio de Valle Arizpe. *La gran ciudad de México Tenustitlan, perla de la Nueva España, según relatos de antaño y de hogaño*. Selecc. Pról y notas de... México, Cultura, t. VIII, núm. 2, 1918. 118 pp.

⁶⁰ Artemio de Valle Arizpe. *Ejemplo*. Madrid, ed. de autor, 1919. 285 pp.

⁶¹ Artemio de Valle Arizpe. Prólogo a *La gran ciudad de México Tenustitlan...* p. 11.

⁶² Artemio de Valle Arizpe. *La muy noble y leal ciudad de México, según relatos de antaño y de hogaño*. México, Cultura, 1924. 275 pp.

⁶³ Artemio de Valle Arizpe. *Historia de la ciudad de México, según los relatos de sus cronistas*. 3ª. Ed. México, Robredo, 1929. 541 pp.

⁶⁴ Artemio de Valle Arizpe. *Historia de la ciudad de México...* 4ª. ed. 587 pp. Los textos de Valle Arizpe son: “El palacio de Axayácatl”, “Las atarantas” y “La Acordada, sepultura de vivos”.

adjetivos —un churriguera del idioma—, se refiere a Cortés y a los virreyes y a los obispos en un tiempo en el que “vivir era todo paz y toda quietud benigna” pues “la vida deslizábase apacible y buena” —lo cual por desgracia no era cierto para la inmensa mayoría de los novohispanos. De esta antología surgen libros como: *Calle vieja, calle nueva, Por la vieja calzada de Tlacopan*, así como la columna “Del tiempo pasado”, en *El Universal*, a partir de 1925. En suma, su tributo a la ciudad, al pasado de la muy noble y leal ciudad de México, una labor que no desmerece ante su inspiradora y es digna de respeto y reconocimiento.

Junto a este cronista infatigable se halla el fabulador, el narrador que se inspira en leyendas y tradiciones de la época colonial. En *Ejemplo* nos habla de don Roberto de Aguirre, temor de la ciudad, de quien decían que tenía un pacto con Belcebú; en *Engañar con la verdad*,⁶⁵ uno de sus últimos libros, nos dice que don Jaime de Villoslada no se presentó a su boda con doña Eugenia de Almagro por estar leyendo “algo” que le causó amnesia. En otros libros nos llevó de cacería con el mismísimo Hernán Cortés o nos introdujo en los reservados de la corte virreinal. Sin embargo, más allá de la novedad, de la divulgación de ciertos aspectos de la vida colonial, no hay mucho que aplaudir en el Artemio de Valle Arizpe narrador, cuentista, novelista. Su vena inventiva es mínima y carece de destreza en el trazo de personajes. Con excepción de “La güera Rodríguez”, una figura de finales de la Colonia y de la época de la Independencia, o sea un personaje real que Valle Arizpe retrató con maestría en su novela homónima, no hay un solo personaje salido de su pluma que haya prevalecido. Un lugar común en la crítica señala a “El Canillitas” como su personaje más emblemático; sin embargo, quienes hayan leído el novelón coincidirán conmigo en que Félix Vargas carga un pesado lastre, pues le acontece lo peor que le puede pasar a un pícaro: es aburrido, soporíferamente aburrido. Y las exhaustivas descripciones que acostumbra don Artemio en nada ayudan al Valle Arizpe narrador; por el contrario, exasperan. En sus relatos breves la reconstrucción de ambientes coloniales recibe más atención que la fábula, abruma las enumeraciones de objetos que nada tienen que ver con el desarrollo del relato. Si Valle Arizpe no las hubiera puesto para demostrar

⁶⁵ Artemio de Valle Arizpe. *Engañar con la verdad*. México, Los Presentes, 1955. 89 pp

que se conocía al dedillo los componentes de un utensilio de cocina, que por lo demás no tiene la menor importancia dentro del relato, su paciente lector se hubiera ahorrado varias consultas al diccionario de la Real Academia, no al de Autoridades como le achacan sus detractores. Y sin embargo, don Artemio de Valle Arizpe fue un autor que gozó de la preferencia del público. Una buena parte de sus libros fueron reeditados, *La güera Rodríguez* se mantuvo bastantes años como *best seller* en el modesto mercado mexicano y sus ventas bajaron debido a que los problemas de herencia entre los herederos de don Artemio impidieron que el libro se siguiera reeditando. Ahora la totalidad de su obra es de dominio público y sus libros vuelven a aparecer en las librerías, donde no permanecen mucho tiempo. A fin de cuentas ha venido a ser ese personaje que aparece al final del octavo tranco de *El canillitas* (*Novela de burlas y donaires*):

un señor todo de negro, muy erguido, de buen talle, mostacho a la borgoña y redondos anteojos de letrado, los estudiantes —había adunía de ellos en la Plaza Mayor— se destocaban los sombreros a su paso, lo saludaban con aprecio, y decían con respeto, que él agradecía mucho: —Es el señor licenciado don Artemio de Valle Arizpe que va a la Universidad.⁶⁶

El colonialismo finalizó en 1961, con la muerte de Artemio de Valle Arizpe y la publicación del *Cuaderno de estampas* de Francisco Monterde. Volvió el silencio en torno al mundo colonial, gracias a Dios no muy prolongado. La celebración del quinto centenario del encuentro de dos mundos inspiró la escritura de una nueva narrativa colonial, en esta ocasión más interesada en los asuntos humanos.

abril de 2009

⁶⁶ Artemio de Valle Arizpe. *El canillitas*. (*Novela de burlas y donaires*). México, Ediapsa, 1944, p. 143.